

¿Quién nos apartará del amor de Cristo?

La certeza del creyente del amor permanente de Dios

Bernhard Kaiser

¿Quién nos apartará del amor de Cristo? Tribulación? o angustia? o persecución? o hambre? o desnudez? o peligro? o cuchillo? Como está escrito: Por causa de tí somos muertos todo el tiempo: somos estimados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas hacemos más que vencer por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni angeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, señor nuestro. (Romanos 8: 35-39)

Jehová se manifestó a mi ya mucho tiempo diciendo: Con amor eterno te ha amado; por tanto te soporté con misericordia. (Jeremías 31:3)

Comencemos con la más antigua de estas palabras. Jeremías tuvo que enfrentar la persecución entre el pueblo apóstata de Israel. Fue en los años antes de que Jerusalén fuera derrotada y muchos judíos fueron conducidos al exilio babilónico por Nabucodonosor. Tanto como Jeremías tuvo que criticar al pueblo de Dios por sus pecados y su apostasía, tanto pudo él hablar acerca del amor eterno de Dios. Dios castigará a su pueblo, pero por el tiempo después del exilio prometió: "Yo seré por Dios de todos los linajes de Israel, y ellos me serán a mí por pueblo. (Jer 31: 1). Esto es un recuerdo de la gran promesa, que Dios ya había dado a Abraham y que reiteró en el Monte Sinaí: "yo soy Jehová, tu Dios." La infidelidad del pueblo de Dios no pudo anular la fidelidad de Dios, como dice Pablo: "Si fuéremos infieles, él permanece fiel; no se puede negar a sí mismo" (2Tim 2,13).

Las promesas de Dios continuaron siendo válidas, aunque Israel no se ocupó de ellas, sí, aunque Israel se extravió y siguió a otros dioses y cultos. Dios había hecho un pacto con su pueblo. Dió sus promesas en términos jurídicos. El pacto de Dios es el motivo principal en su programa de salvación. Siempre es el mismo pacto desde el tiempo de Abraham hasta ahora. La bendición que Dios había prometido a Abraham debía incluir a todas las naciones, porque leemos: "... y serán benditas en tí todas las familias de la tierra" (Gen 12,3), y Pablo dice: "Luego los de la fe son benditos con el creyente Abraham" (Gal 3,9), "para que la bendición de Abraham fuese sobre los Gentiles en Cristo Jesus; para que por la fe recibamos la promesa del Espíritu" (Gal 3,14).

De modo que al principio debemos hablar acerca de este pacto, el cual Dios ha establecido con su pueblo.

1. El pacto

El simple hecho de que Dios ha contraído un pacto con el hombre muestra la condescendencia de Dios. Allah, el ídolo de los musulmanes, está tan lejos, tan alto, tan sublime que no puede ponerse en contacto con el hombre, excepto que Mahoma pretende que Allah ha hablado a través de él. El hombre es llamado a someterse a las prescripciones del Corán. En el naturalismo moderno, el hombre ha potenciado la naturaleza, como pudiera producir a sí mismo, pero la naturaleza no habla. Simplemente está ahí. No se puede construir relación personal con la naturaleza. Según las Escrituras, el hombre es capaz y está llamado a investigar y a usar la realidad creada. Pero la naturaleza nunca puede convertirse en compañera del hombre ni es capaz de garantizar el sobrevivir del hombre. Tampoco puede el hombre salvar la naturaleza, porque Dios, el creador, sostiene y preserva la realidad creada por su palabra. En consecuencia, el hombre no puede confiar en las cosas creadas con respecto a su vida en tierra y al objetivo final de su vida.

Actualmente, el hombre es generalmente tentado por el hedonismo secular. La vida dulce, el bienestar, el lujo, las buenas relaciones, los sentimientos positivos y la vida sin problemas son el objetivo que el hombre está persiguiendo. Todo esto refleja el hecho de que el hombre se ama a sí mismo. Pero las cosas creadas no pueden reemplazar al amor. Ellas parecen prometer bienestar, pueden atar el corazón y pueden llevar al hombre a pasar la vida para conseguirlos, pero no pueden reemplazar a Dios y su amor.

Dios mismo, en su amor al hombre caído, se ha esforzado por llevar al hombre a la beatitud eterna, a una nueva creación, o, como dice Pedro, "para una herencia incorruptible, y que no puede contaminarse ni marchitarse, reservada en los cielos" (1Pd 1, 4). Para que podamos entender, cuál es su propósito y para que podamos estar seguros de que este tipo de salvación es legal y seguro, Dios ha establecido su pacto con su pueblo. El pacto se hace visible en las señales del pacto, en las así llamados sacramentos, es decir en el bautismo y en la Santa Cena, y es explicado en la palabra de Dios.

El pacto es relación jurídica. Dios es el soberano, y aunque él pudo mostrar su ira contra la humanidad caída y dejar a la humanidad en la perdición eterna sin hacer nada ilegal, él en su gracia y su misericordia se inclina hacia el hombre para mostrar: "Yo soy el Señor, tu Dios." Por eso, llegó a ser el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Con estas palabras, él se introdujo a Moisés y se reveló como el "Yo Soy El que Soy". Con estas palabras, se presentó a su pueblo en el Monte Sinaí. Así fue el privilegio de Israel de conocer a Dios, al único y todopoderoso Dios, que había creado el cielo y la tierra y que iba a guiar, defender y bendecir a su pueblo del antiguo pacto. Y, finalmente, Jesús vino y se presentó por sus palabras "Yo Soy", que él es el buen pastor, el camino, la verdad y la vida y aún más.

El pacto se caracteriza por estabilidad y duración. Mirando la infidelidad de Israel y la ira de Dios, el profeta Isaías sin embargo fue llamado a decir: "Porque los montes se moverán, y los collados temblarán; mas no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz vacilará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti." (Is 54, 10).

El amor de Dios ha sido revelado en forma especial en el Nuevo Testamento. Jeremías profetiza: "Mas este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en sus entrañas, y escribiréla en sus corazones; y seré yo a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová: porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová: porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré de su pecado" (Jer 31, 33-34). No podemos entrar en detalles sobre la interpretación de estos dichos. Pero la médula del nuevo pacto es que el pueblo de Dios conocerá al Señor y que Dios perdonará los pecados de su pueblo.

El pacto como una relación jurídica también muestra que la relación de Dios con el hombre es legal. Dios no hace algo injusto, si perdona pecados. Mucho más, él da base legal a esta relación haciendo todo para corresponder a su justicia. Cuando nos presenta su pacto mediante su palabra y sus sacramentos, nos dice que ha cumplido todas las exigencias de su santa ley y que, por consiguiente, su salvación tiene fundamento sólido y legal.

Sabemos que todo esto se ha cumplido en Jesucristo. Hebreos 8:8-13 muestra claramente que en Cristo, el nuevo pacto ha sido establecido, y el autor se refiere explícitamente a la profecía de Jeremías. Es de suma importancia que Cristo, tanto por su vida como por su muerte, haya cumplido todas las exigencias de la ley de Dios. Por medio de su obediencia activa, Cristo ha vivido su vida sin pecado, y al tomar sobre sí mismo los pecados del mundo, él murió bajo la ira de Dios, quien castigó nuestros pecados en él. Cristo actuó como nuestro representante tanto en su vida como en su muerte. Lo que hizo, lo hizo en vez y a favor de nosotros, porque nosotros éramos incapaces de lograr lo que él hizo: vivir una vida sin pecado y llevar el castigo por nuestros pecados. Es por eso que debemos hablar de su muerte vicaria, que no es sólo la gran expresión del amor de Dios, sino también el fundamento legal del pacto de gracia. Dios no hace algo malo, si perdona nuestros pecados, porque él mismo ha provisto la base de su perdón.

El nuevo pacto revela el conocimiento de Dios de una manera mucho más amplia que el Antiguo Testamento. No sólo habla de la gracia y del perdón, sino que revela la realidad de nuestra reconciliación en la cruz de Cristo. Muestra la gracia de Dios así como el perdón de pecados en una forma mucho más clara que lo antiguo. También muestra que el cumplimiento de la promesa se refiere a la nueva creación y que la resurrección, un cuerpo nuevo e incorruptible, es la puerta por la cual el creyente entrará al nuevo mundo. Isaías dice: "la palabra del Dios nuestro permanece para siempre" (Is 40, 8). Así que la promesa del pacto es válida todavía y particularmente en el otro lado, en el mundo por venir.

2. El Amor de Cristo

Pablo dice: "Porque Cristo, cuando aún éramos flacos, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente apenas muere alguno por un justo: con todo podrá ser aue alguno osara morir por el bueno. Mas Dios encarece su caridad para con nosotros, porque siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Rom 5, 6-8). Por eso, podemos ver que el amor de Dios es incondicional. Dios no espera que el hombre haga algo para

llegar a ser digno de amor. Dios tampoco ama al hombre porque lo ha creado a su imagen y porque tiene dignidad casi divina. No ama al hombre, porque lo necesita para ser Dios. No ama al hombre, porque quiere vivir en compañía del hombre. Al contrario, el hombre es pecador; el hombre se ha apartado de Dios, y es la naturaleza del hombre rebelarse contra Dios. El hombre – ahora estoy hablando de nosotros mismos – mucho más merece castigo eterno. Merece ser apartado de la fuente de vida. Y de hecho, a través del pecado de Adán, el hombre ya ha sido sentenciado a muerte.

Es sólo debido al amor y a la misericordia de Dios con el hombre pecador, que el hombre puede ser salvo. Es la decisión libre de Dios. Dios no está obligado a salvarnos; nada y nadie le obliga a volverse al hombre en amor. Ahora, no debemos hablar del amor de Dios en términos psicológicos, como si Dios sintiera simpatía por sus enemigos o como si estuviera enriquecido por nuestra presencia. No, la salvación es totalmente inmerecida; no damos ninguna razón para hacernos sus hijos amados. La salvación es sólo por gracia. Así, el amor de Dios existe particularmente en eso que él nos lleva en misericordia, aunque somos pecadores. Eso es tolerancia en su mejor sentido.

Dios por eso no sólo quiere mostrar su misericordia, sino también las riquezas de su gloria. Pablo dice: "Y qué, si Dios, queriendo mostrar la ira y hacer notoria su potencia, soportó con mucha mansedumbre los vasos de ira preparados para muerte, y para hacer notorias las riquezas de su gloria mostrólas para con los vasos de misericordia que él ha preparado para gloria" (Rom 9,22-23). Aquí podemos ver el motivo principal de Dios para su misericordia: es dar a conocer las riquezas de su gloria. Verdaderamente, misericordia es mejor que ira justa.

Todo esto excluye cualquier contribución humana a uno de la salvación, como leemos: "Tendré misericordia del que tendré misericordia, y me compadeceré des que me compadeceré. Así que no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Rom 9: 15-16). El amor de Dios al pecador es incondicional.

Esto se hace visible particularmente por el hecho de que Cristo murió por nosotros y nos reconcilió con Dios mucho antes de que pudiéramos hacer algo, de hecho, mucho antes de que llegáramos a ser. Cuando nacimos, digamos en los años cuarenta, cincuenta o sesenta del siglo pasado, si nos fijamos en los mayores entre nosotros, Cristo ya nos había salvado casi dos mil años antes. Él nos ha salvado sin nuestra contribución, sin nuestro consentimiento, sin nuestra conversión, sin nuestra decisión. Pero con nuestros pecados, porque Dios le hizo pecado por nosotros, él imputó todos nuestros pecados a Cristo, "para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2Cor 5, 20). Nuestra salvación, nuestra justicia es así cumplida plenamente en Cristo.

Un famoso dicho del profesor católico romano Tomás de Aquino dice: Dios no nos justifica sin nosotros (*Deus nos non sine nobis iustificat*). Él quiere enfatizar por eso, que sin el consentimiento del hombre y sin la aplicación del hombre a la gracia de Dios, el hombre no puede ser salvo. Esta mezcla de la obra de Dios y la del hombre ha llegado a ser programa en la teología católica. Pero Pablo aparentemente enseña lo contrario. Cristo nos ha reconciliado con el padre sin nuestra cooperación. Nuestra conversión, nuestro compromiso con Cristo no pueden añadir nada a la obra de Cristo.

Dios sabía y sabe que su programa de salvación tendrá éxito. Él va a asignar la justicia de Cristo a la gente que él ha predestinado para hacerlos sus hijos. Pero, ¿qué hace él para llevar su salvación a su pueblo? Aunque el hombre espiritualmente es como una piedra o un tronco muerto, el hombre sin embargo es un ser viviente. Ahora, ¿Qué sucede si Dios quiere que un ser humano individual sea salvo? Primero, le trae el evangelio, que Cristo ha hecho todo. Segundo, Dios a través del Espíritu Santo abre el corazón del hombre para que este hombre individual pueda entender lo que el Evangelio dice, al igual que Lidia, la mujer que estaba presente cuando Pablo estaba predicando el evangelio en Filipos. El Señor abrió su corazón, "para que estuviese atenta a lo que Pablo decía" (Hechos 16:14). Podemos ver el resultado de lo que Dios había hecho con ella: ella prestó atención a lo que Pablo estaba predicando. Pablo no la llamó a tomar una decisión, ni ella decidió creer en Jesús. No se miraba a sí misma, no analizaba sus sentimientos, sino que se fijaba en la palabra predicada. Esa es la actitud de la fe, y así por la fe ella fue salva. Aunque ella deliberadamente oyó lo que Pablo decía y aunque consentió con ello y aunque finalmente confió en lo que había escuchado, eso todo fue la obra de Dios en su corazón. Ella no produjo la fe por sí misma, sino que confió en las promesas del Evangelio. "La fe es por el oír, y el oír por la palabra de Dios" (Rom 10, 17). El amor de Cristo llega a ser visible en el hecho de que él dio su vida por nosotros, que él nos ha salvado, que él nos ha reconciliado con Dios mismo y que él nos da a conocer a Cristo, así que nosotros participamos inmerecidamente en la salvación.

He hablado en términos de predestinación, y uno puede ser tentado a poner la pregunta: ¿estoy realmente predestinado para ser heredero de la salvación? La Biblia no nos permite especular sobre este tema. Debemos volver mucho más a lo que las Escrituras dicen claramente: que Dios quiere "que todos los hombres sean salvos y que vengan al conocimiento de la verdad" (1Tim 2, 4). Así, cada uno de nosotros puede deducir y creer que Dios quiere la salvación también de cada uno de nosotros. Debemos escuchar también la famosa palabra de Jesús: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3, 16). Por favor tengan en cuenta que el amor de Dios nos guía a la fe en Cristo.

Muchas palabras correctas se pueden decir acerca del amor de Dios. Pero lo que el cristiano experimenta o hace no reemplaza la fe, la confianza que Dios cumple sus promesas. Vivimos por la fe, no por el amor, sino en el amor, que es fruto de la fe. Y si vivimos por la fe, entonces debemos averiguar, lo que la fe es.

3. Más que vencedores

¿Cuál es el desafío para el Cristiano? ¿Qué tipo de problemas tiene que enfrentar? Pablo está dando una lista de factores que pueden amenazar al cristiano: tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o la espada del verdugo. Debemos ser realistas: Aquellos de nosotros que viven en estados occidentales, bajo circunstancias normales, no son amenazados por la pena de muerte. Tal vez, que sufran pobreza. Tal vez, que tendrán menos ingresos que la mayoría de las personas entre las que están viviendo. Su situación económica puede ser pobre. Pero su vida no está en peligro por la sociedad en la que viven. Sin embargo, este no es el caso en muchos otros países, donde el cristianismo protestante está prohibido o discriminado.

Como saben, en muchos países musulmanes, convertirse a Cristo significa ser amenazado por la muerte, si no por el estado, entonces por el parentesco. Podríamos añadir muchos ejemplos de este tipo. Tanto en países musulmanes como en comunistas, ser cristiano puede ser tan peligroso como Pablo dice. Los cristianos pueden perder su derecho a existir; ellos realmente pueden ser "considerados como ovejas de matadero".

Sin embargo, también en las sociedades abiertas ser cristiano puede ser causa de discriminación. Me gustaría llamar su atención sobre dos desafíos básicos:

(1) La resistencia del mundo religioso

El evangelio de la gracia es un mensaje que provoca la contradicción del lado religioso. Hombres religiosos están siguiendo su padrón de pensamiento humanista y consideran la relación entre Dios y el hombre como orden de recompensa: Dios recompensa al hombre por su benevolencia, por su decisión por Cristo o por sus esfuerzos en la santificación. La gente religiosa pensaría así. Le gusta la idea de que el hombre puede manejar sus actividades religiosas de acuerdo a una ley dada.

El mejor ejemplo son los judíos del tiempo del Nuevo Testamento. Ellos trataron de asegurar su salvación por medio de sus obras. Consideraron que la ley de Moisés era el camino hacia Dios. Pablo dice: "Tienen celo de Dios, mas no conforme a ciencia" (Rom 10, 2). Ellos no entendieron que la ley les fue dada para descubrir sus pecados y para mostrarles que ellos estaban perdidos, para que ellos buscaran su justicia en Cristo, en las promesas de Dios y por la fe.

Muy similar es el catolicismo romano. Llama al hombre a cooperar con Dios. Dios ha salvado al hombre en Cristo, pero la salvación es como una reserva o un tesoro bajo la jurisdicción del sistema romano. Así que primero el hombre se debe hacer miembro de la iglesia romana, debe aceptar sus reglas, debe participar en los sacramentos, debe vivir una vida piadosa, y si cae en pecado, debe confesarlo y obtener la absolución del sacerdote. Por lo tanto, debe vivir en plena comunión con la iglesia y prestar atención a los deberes religiosos de cada día. Las personas religiosas que practican seriamente su piedad, están interesadas en obras. Quieren que se les habla de lo que pueden hacer, quieren que se les muestre cómo pueden manejar su compromiso religioso.

¿Hay gran diferencia con el cristianismo evangélico? ¿No piensa el evangélico ordinario que ha llegado a ser cristiano al haberse convertido, al haber invitado a Jesús en su corazón y al obedecer sus mandamientos en la vida cotidiana? ¿No espera que Dios le bendice por esforzarse activamente en vivir una vida santa? ¿No considera que su relación con Dios es también orden de recompensa? Por supuesto, él dirá que todo es por la gracia y por la fe y sólo a través de Cristo, pero en realidad confía en lo que ha hecho y lo que está haciendo: en su decisión por Cristo y en su compromiso de vivir una vida cristiana. Mucho más, porque piensa que ha invitado a Cristo a entrar en su corazón, cree que Cristo está dentro de él, que tiene vida divina y poder divino dentro de sí mismo, y así se considera a sí mismo como nacido de nuevo, como un verdadero ser cristiano. Entonces trata de encontrar la realidad de su ser cristiano dentro de sí mismo y así mira a sí mismo, analiza sus sentimientos, sus afectos, sus motivos y sus actos en la vida cristiana. Pero así no vive por la fe, sino por sus obras. Y si es honesto,

admitirá que todo lo que hace es imperfecto y no cumple con lo que Dios le ordena hacer.

Si se le dice que no puede nacer de nuevo por una decisión humana e imperfecta, que ser cristiano no es por la voluntad de uno, sino por la gracia de Dios y por la soberana elección de Dios, y si se le dice que todos sus esfuerzos no atraen la bendición de Dios sobre él, se le sacará la alfombra de debajo de él. Él reaccionará en forma ofensiva, inculpará a ese predicador o cristiano por no tomar en serio los mandamientos de la Biblia. Como resultado, tal predicador puede perder su empleo en una iglesia particular, puede ser forzado a dejar su ministerio y buscar otro trabajo. Si todavía vive por la fe y confía en el Señor, sus hermanos cristianos pueden reaccionar con envidia y hablar de él de una manera negativa. Tal vez evitarán más contacto con él, y el resultado es que este hombre tiene que sufrir el aislamiento, la excomunión, la reputación negativa. Pero confiará en el Señor que él está con él, que él lo ama y que provee lo que necesita.

(2) La resistencia del mundo ateo

Otro problema que tenemos que enfrentar en el mundo occidental es el ateísmo público. Comienza con la teoría de la evolución, por la cual el hombre espera explicar la existencia del mundo sin Dios. Se sabe que esto se ha vuelto popular. El cristiano, que cree en la creación, es considerado un fósil, una reliquia de una época pasada.

"Probablemente no hay Dios. Ahora deja de preocuparte y disfruta de tu vida " fue el lema en 800 autobuses de Gran Britania. Richard Dawkins, un famoso biólogo evolucionista y autor ateo apoyó esa campaña. El ateísmo muestra que la evolución es tomada como excusa para no creer en Dios. Abre la puerta a una vida por la cual el hombre determina independientemente lo que es, cuáles son sus objetivos y lo que va a hacer. Tal hombre piensa que no hay Dios por quien él será llamado a la responsabilidad. Este tipo de pensamiento se ha equipado con una visión aparentemente científica del mundo, mientras que la ciencia se define para explicar el mundo sin Dios y que la apelación a Dios no es científica por definición. Así un cristiano que quiere hacer un trabajo en las Ciencias naturales y cree en la creación es pronto tomado como hereje y será excomulgado de la comunidad científica. Pero este es un problema menor.

El humanismo ateo está propagando programas de transversalización de género, insta a la gente a aceptar la homosexualidad, considera la visión dual tradicional de hombres y mujeres como represiva, como construcción de una sociedad patriarcal, niega las diferencias biológicas entre hombres y mujeres y enseña que "hombre" y "mujer" son roles diferentes, que por naturaleza son intercambiables.

Podemos ver por estos ejemplos que el humanismo (1) niega la realidad creada, el diseño biológico de hombres y mujeres, y que (2) niega que el abuso del orden creado es pecado contra el mandamiento de Dios. En este contexto, los cristianos no son culpados por vivir según los mandamientos de Dios, pero en algunos países pueden ser culpados si critican tal pensamiento humanista.

Además, el cristiano es tentado a seguir la moderna imagen humanista del hombre. Es la imagen que Sigmund Freud ha desarrollado, según la cual el hombre es impulsado

básicamente por dos impulsos irracionales: eros (sexo) y thanatos (muerte o destrucción). Esto significa que el hombre no es el amo de sus actos por conciencia o consideración, sino estos impulsos irracionales. Este tipo de pensamiento se ha vuelto omnipresente. Se puede ver en películas, en la pedagogía, en la jurisdicción, en la legislación, por hecho en toda nuestra cultura. Viviendo en tal ambiente, el cristiano siente que es tentado por sus deseos. Pero, según las Escrituras, actuará en sabiduría y resistirá. Practiza su sexualidad dentro de su matrimonio y no fuera de ello.

Ni la persecución física, ni la discriminación social, ni la negación de sí mismo conducen a sentimientos agradables. No brindan diversión. Pero, por otro lado, Jesús dijo: Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados soís, cuando os vituperaren y os persiguieren, y dijeren e vosotros todo mal por mi causa, mintiendo. Gozáos y alegráos, porque vuestra merced es grande en los cielos: que así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros" (Mt 5,10-12). Ahora, ¿cómo debemos enfrentar estos conflictos? ¿Cuál es el camino bíblico?

(1) En el conflicto que el cristiano tiene que enfrentar, está llamado ante todo a reconocer, que ningún conflicto y ninguna desventaja le puede separar del amor de Cristo. Está llamado a percibir su situación a través de los ojos de la fe en Cristo. Eso le motiva a ser paciente, a sufrir, a soportar y a permanecer firme, siempre que sea tentado a negar a Cristo por palabras o hechos. Confiará en el Señor que él asegurará su derecho, ya sea aquí o allá. Así él puede sufrir que pueda ser multado para pagar cierta suma o para ser encarcelado. Por fe aceptará el aislamiento, y que otras personas no le saluden ni le eviten. Pablo muestra esta actitud con lo que escribe a los Romanos: "Y no sólo esto, mas aún nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios está derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos es dado" (Rom 5, 3-5). Permítanme comentar que el último verso no habla sobre el amor que el Cristiano tiene hacia Dios, como muchos exegetas lo entienden, sino por lo contrario, es el amor de Dios hacia nosotros, de que el Espíritu Santo nos asegura. La certeza del amor de Dios hacia nosotros es el factor decisivo que nos hace ser vencedores.

(2) Normalmente pensamos que un vencedor es fuerte, exitoso y victorioso. Derrota a sus enemigos. Este puede ser el caso en este mundo, donde el poder militar está presente y por el cual un líder militar se convierte en el ganador de una batalla. En la vida cristiana, es diferente. Pablo dice que somos más que vencedores. Veamos, que Cristo se convirtió en el vencedor al ser derrotado, es decir, al ser arrestado, condenado a muerte, crucificado y finalmente enterrado. Fue Dios mismo, quien lo despertó y lo hizo hijo de Dios en poder y quien le dio la gloria eterna con respecto a nuestro mundo caído. De manera similar, también nosotros llegamos a ser más que vencedores. Aquí ya estamos asegurados de que la discriminación o la persecución son cosas del mundo presente y pasajero. Tendrán fin. Cuando miramos a las promesas de Dios, estamos asegurados en nuestra esperanza y sabemos que Cristo nos hará justicia y que además derrotará al diablo y su influencia. Por lo tanto, la fuerza del vencedor está en Dios mismo, y, al lado humano, en la fe, la paciencia y la esperanza, por lo que aquello que nos afecta, se vuelve inofensivo.

(3) por tanto, estamos llamados a vivir en este mundo como extranjeros y peregrinos, como Pedro dice: "Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, os abstengáis de los deseos carnales, que batallan contra el alma; teniendo vuestra conversación honesta entre los Gentiles; para que, en lo que ellos murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, estimándoos por las buenas obras." (1Pt 2:11-12). Eso no significa que abandonemos nuestras casas y vivamos en carpas. Mucho más, usaremos este mundo a su debido tiempo, pero no seremos dependientes de él. Finalmente, el mundo incrédulo tendrá que dar testimonio de que un cristiano ha vivido una vida piadosa, cuando sea convocado al gran tribunal de Cristo. Será por el honor del cristiano y por el deshonor de los que les hicieron mal.